

de destructores desgarrándose a bocados y zarpazos y bebiendo la sangre de las víctimas¹. Dígase lo que se quiera, la lucha por la vida no es la ley por excelencia, y el acuerdo mutuo es con mucho superior en la historia del desarrollo de los seres. La mejor prueba de ello la tenemos en el hecho de que las especies más dichosas con su destino no son las mejor armadas para la rapiña y la matanza, sino al contrario, las que provistas de armas poco perfeccionadas, se ayudan mutuamente con más empeño: no son las más feroces, sino las más amantes.

Lo mismo puede decirse respecto de los «primitivos» o «salvajes» entre los hombres, porque los testimonios de la prehistoria, lo mismo que el estudio de las poblaciones contemporáneas, nos muestran un gran número de tribus que viven en paz y hasta en la armonía de una posesión común de la tierra y de un trabajo también común; los ejemplos de poblaciones guerreras armadas solamente para el combate y viviendo exclusivamente de depredaciones son muy raras, aunque citadas con frecuencia. Es de moral constante entre los participantes que el individuo, si la escasez se hace sentir, debe ponerse a ración, para que las provisiones puedan durar más tiempo, y a menudo los grandes, lejos de abusar de su fuerza, se privan en beneficio de los pequeños. El hecho capital de la historia primitiva, tal como se nos presenta en casi todos los países del mundo, es que la *gens*, la tribu, la colectividad, es considerada como el ser por excelencia, al que cada individuo da su trabajo y hace el sacrificio entero de su persona. La ayuda mutua es tan perfecta, que en diferentes circunstancias se extiende hasta más allá de la muerte: así en las Nuevas Hébridas, cuando moría un niño, su madre o su tía se mataban voluntariamente para ir a cuidarle en el otro mundo².

Hasta el asesinato o, por mejor decir, la muerte voluntaria de los ancianos que se practica en diversos países—entre los Bottas, de Sumatra, y antes entre los Tchuktchi siberianos ya mencionados—es un hecho que convendría citar más como ejemplo de ayuda mutua que como testimonio de la barbarie de las poblaciones donde tienen lugar tales sucesos. En una comunidad en que

¹ P. Kropotkin, *Nineteenth Century*, noviembre 1890, pág. 702.

² Gill, en Waitz et Gerland, *Anthropologie*, pág. 641.

todos viven para todos, en que la prosperidad del grupo entero es el objeto principal de cada uno y en que la dificultad de vivir es a veces grande a consecuencia de la falta de alimento o del frío excesivo, el anciano, que recuerda su vida pasada en el esfuerzo de la lucha común y que se siente ya impotente para continuarla, comprende perfectamente la lógica de las cosas: la vida le pesa de modo diferente que al anciano de las naciones civilizadas, que, por los hábitos morales y las relaciones de sociedad, continúa siendo útil en cierta medida, o al menos puede imaginárselo. «Comer el pan de los otros», cuando se comprende tan bien la indispensable necesidad del alimento por excelencia para los colaboradores más activos de la comunidad, acaba por convertirse en un verdadero suplicio, y por eso las personas de edad, ya inutilizadas, escandalizadas y horrorizadas de sí mismos, piden a los suyos les ayuden a partir hacia el país del reposo eterno o de una nueva vida eternamente joven. ¿Son verdaderamente mejores las familias modernas con sus padres envejecidos, cuando sufriendo éstos enfermedades atroces, piden llorando que se les libre del suplicio continuo o de los dolores agudos, y que, so pretexto de amor filial o conyugal, se les deja gemir lamentablemente durante semanas, meses o años?

La forma comunicativa de la propiedad, que prevaleció en casi todos los países del mundo y que se mantiene acá y allá, hasta en las comarcas más completamente acaparadas por propietarios individuales, permite hacer constar que la ayuda mutua fué el ideal y la regla en los pueblos agrícolas que alcanzaron un grado de civilización muy avanzada. Allí también el cuidado de cada uno debió de ser la propiedad de todos, como lo atestiguan las mismas palabras que sirven para designar la colectividad de los aldeanos asociados. Tales son las «universidades» de los Vascos, los «mir» o pequeños «universos» de los Rusos, las «zadrughi» o «amistades» de los Serbios, las «fraternidades» de los Buriatos.

El término de «comuna» que el uso del latín y de sus lenguas derivadas ha generalizado en el mundo, se aplica a todos los hombres «que toman parte en las cargas», es decir, a todos los que se ayudan mutuamente. Y de la comuna nace la comunión, la participación en el festín y el cambio de los pensamien-

tos íntimos; porque el «hombre no vive solamente de pan», y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni el más egoísta, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia ajena su manera de concebir las cosas, y cuanto más la sociedad progresa, más aprende el individuo aislado, aun inconscientemente, en ver semejantes en los que le rodean. La vida, que fué simplemente vegetativa, en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres que vivían en la brutalidad primera, toma un carácter muy diferente y mucho más amplio en aquéllos en quienes la inteligencia y el corazón se han engrandecido. Adquiriendo la conciencia de vivir añaden un nuevo objetivo al objetivo primero, que se limitaba a la conservación de la existencia: el círculo infinitamente desarrollado abarca para lo sucesivo el bienestar de la humanidad entera¹.

Pero hay retrocesos, terribles a veces, en la marcha del progreso humano. La ayuda mutua, que tanto ha contribuido a desarrollar de hombre a hombre y de pueblo a pueblo todos los elementos de mejora mental y moral, suele ceder frecuentemente el puesto a la lucha intestina, al feroz desencadenamiento de los odios y de las venganzas. Ese furor de exterminio entre los hombres nació casi en todas partes entre los cazadores, los matadores de profesión. La caza que hace el carnívoro a los animales, que es ya una verdadera guerra, desarrollando en el hombre como en el animal los instintos de crueldad y astucia, pudo llegar a ser indirectamente la causa de la guerra propiamente dicha, de las empresas de enconado odio dirigidas al exterminio de los semejantes; porque el cazador, preocupado siempre con la idea de encontrar alimento suficiente, no puede menos que ver con desagrado al rival que le disputa su presa: llega el momento en que el odio estalla y en que el hombre vuelve las armas contra el hombre². Esta primera guerra nacida de la caza, tiene por objeto la supresión de concurrentes, ¡y cuántas otras le siguen, todas inspiradas por el mismo rudo deseo de captura y de dominio!

Por un singular trastorno de las cosas, el choque brutal entre los hombres, la «guerra mala», como la llama Homero, es lo

¹ A. Comte, *Philosophie positive*, 1869, pág. 494.

² G. de Molinari, *Grandeur et Décadence de la Guerre*, pág. 6 y 7.

que muchos escritores afectan celebrar y hasta a veces glorifican sinceramente, como la mayor educadora de la humanidad. Preciso es ver en ello la supervivencia de las antiguas creencias en la virtud del sacrificio, causadas por el terror de lo desconocido, por el miedo a los espíritus malos que van por los aires, a los manes insaciables que quieren renacer haciendo morir los vivos. «Sabe que se necesita sangre para que viva el mundo y los dioses, sangre para conservar la nación entera y perpetuar la especie». Si no se hubiera derramado sangre, ni pueblos, ni naciones, ni reinos conservarían la existencia. «¡Tu sangre vertida, oh mediador, extinguirá la sed de la tierra, que se animará con nuevo vigor!» Así cantaban los Khonds de la India Central, degollando una víctima propiciatoria para repartir la carne, fecundar los campos y santificar sus hogares¹.

Ninguna ciudad, ninguna muralla se fundó en tiempos pasados entre ciertos pueblos, sin que la primera piedra hiciese derramar la sangre de una víctima. Según la leyenda, el Radjahdhava, pilar de hierro que indica el centro de las ciudades que se sucedieron en el solar en que actualmente se eleva la ciudad de Delhi, se baña continuamente en sangre; fué plantado en el mismo sitio donde el innumerable ejército de los hombres serpientes, es decir, de los indígenas, fué enterrado vivo, a la gloria de Youdichtira, hijo de Pandou.

Es cierto que las guerras, fenómeno histórico complejo que abraza toda la sociedad en el conjunto de la vida, pueden haber sido, en virtud de su misma complejidad, ocasión de progreso, a pesar de la destrucción, de las ruinas y de los males de toda especie que directamente han causado. No hay duda que tal conflicto entre tribus o naciones, precedido de viajes de exploración que suministraron interesantes noticias sobre comarcas poco conocidas, después, terminada la lucha, tuvo por conclusión tratados de alianza y relaciones frecuentes de comercio y de amistad. Esas relaciones fueron favorables, por cuanto ensancharon el horizonte de pueblos que antes se ignoraban, aumentaron su haber y desarrollaron sus conocimientos; pero la verdad es que, lejos de ser resultado de la guerra, provenían, por el contrario, del movimiento producido después en sentido inverso, y si las matanzas

¹ Elie Reclus, *Les Primitifs*, pág. 374.

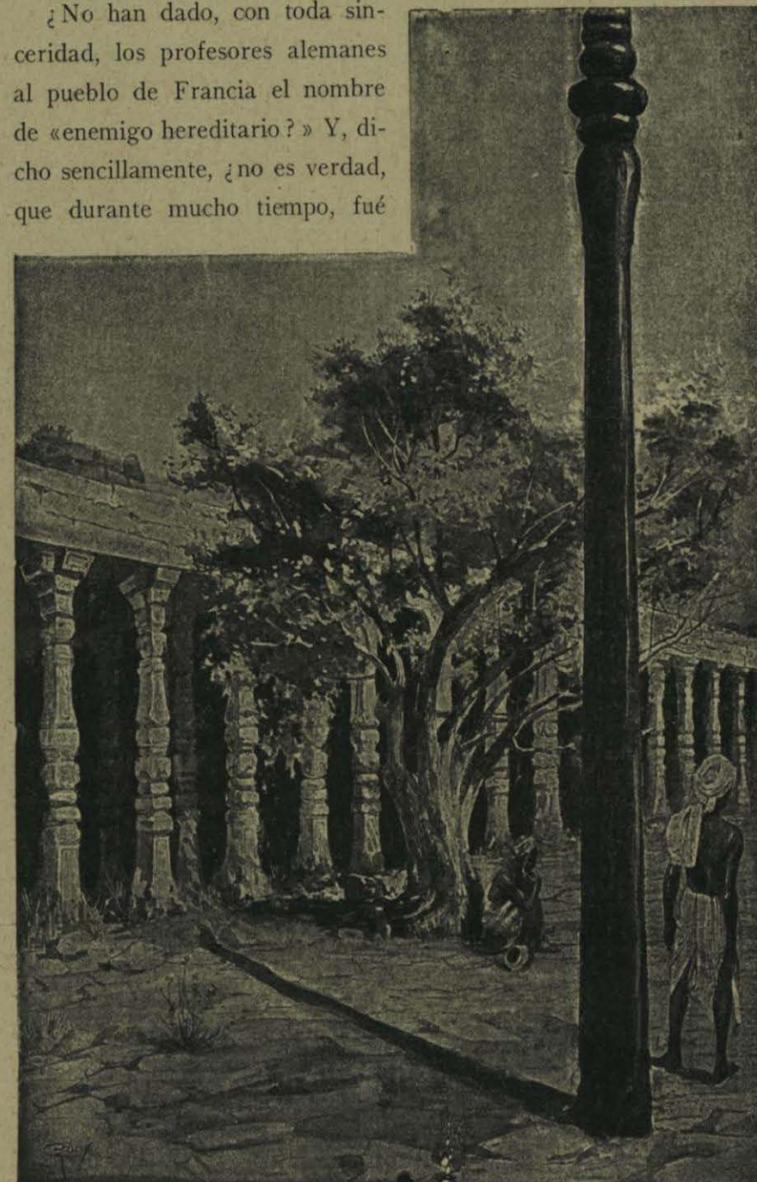
no se hubieran perpetrado, si las alianzas hubieran antecedido a la efusión de sangre, no se hubieran obtenido a costa de ningún sacrificio. Sucede que el pueblo no recuerda los hechos pacíficos, los acontecimientos que no han provocado terror ni desesperación: sólo recuerda los «años terribles» y refiere a esas fechas fatales los resultados de todas clases, malos o buenos, que es necesario distinguir claramente unos de otros y reparar de otro modo, según las causas que los han determinado. No hay que hacerse ilusiones: el odio nace de la guerra y le engendra; el amor entre los hombres tiene por causa la armonía de los esfuerzos. A la ayuda mutua han de referirse una vez más las infelices consecuencias que parecen derivarse de las luchas intestinas.

¡Pero cuántas veces la guerra ha llevado sus consecuencias hasta su límite extremo; cuántas veces ha sido lógica hasta al fin, produciendo el exterminio completo de una tribu y hasta de un pueblo, de una raza, suprimiendo así toda posibilidad de progreso, puesto que no quedaban ya seres vivientes que pudieran gozar de él! El odio, como el amor, se inicia fácilmente entre los hombres; estalla en pasión súbita entre los jóvenes que cortejan una misma mujer; lanza igualmente una contra otra las tribus que quieren poseer un mismo sitio de caza, de pesca o de existencia. Y no es sólo el conflicto de los intereses lo que inspira el odio: basta que las diferencias de aspecto, de estatura, de color y de aptitudes sean muy marcadas para que broten espontáneamente las enemistades. Las hormigas negras y las hormigas rojas realizan terribles batallas; hombres negros, rojos, amarillos, morenos y blancos entrechocan también fácilmente impulsados por la imaginación natural de pertenecer a otras razas, quizá a otras humanidades.

Se odia también a causa del contraste que forman los géneros de vida: desde el origen, al segundo día de la creación, la leyenda bíblica muéstranos dos hombres, un pastor y un labrador, que se disputan hasta la muerte de uno de ellos. Verdad es que, según la misma leyenda, ese odio provenía de Dios, quien, rechazando la ofrenda del labrador, hizo nacer el rencor contra el hermano privilegiado. Y los odios, avivados sin cesar por las narraciones, por los cantos guerreros y por la re-

novación de los conflictos se prolongan mucho tiempo después de las causas que los originaron: toman carácter atávico.

¿No han dado, con toda sinceridad, los profesores alemanes al pueblo de Francia el nombre de «enemigo hereditario?» Y, dicho sencillamente, ¿no es verdad, que durante mucho tiempo, fué



EL PILAR DE HIERRO «RADJAHDHAVA» EN DELHI

Dibujo de G. Roux, según una fotogr. fia.

costumbre, en el lenguaje corriente a través del estrecho, tratarse de «cerdo inglés» y de «rana francesa»? También existe el odio de villa a villa. ¿Por qué? Porque se odiaron los pa-

dres y los abuelos. La ferocidad se transforma en deber¹.

La esclavitud, consecuencia de la guerra, no se comprende sino por el desconocimiento absoluto de todo derecho en el hombre dominado. El esclavo no tiene ya las cualidades humanas, no tiene «alma», no existe. Y lo que es verdad del esclavo que se tiene bajo la mano se convierte también en verdad para el esclavo eventual o futuro, del enemigo o del que pertenece a una tribu extranjera: no puede tener derecho, no puede esperar ningún respeto. Las excepciones que se producen respecto de las necesidades del comercio, de las prácticas tradicionales de la hospitalidad o la recepción de embajadores se separan de la moral corriente, se ponen al abrigo de sanciones religiosas; pero no por eso deja de considerarse justo hacer «presa» contra el enemigo, el «hombre de nada»².

La unión de los hombres por el trabajo en común se completa naturalmente, desde las edades de la animalidad, por la utilización y aun por transformaciones de la Naturaleza. Así hubieron de asociarse los primitivos para hacerse, como los monos y tantos otros animales, camas de hierbas y techos de ramas yuxtapuestas y hasta entretrejidas. ¿No se construyen nidos las aves y algunos peces? ¿No edifica el castor esclusas que contienen una morada para su familia? ¿No tiene el mono una vivienda bien acomodada, a la altura media de los árboles, con techo y suelo de ramas?³ Como ellos, el hombre aprendió espontáneamente a proveerse con amplitud de los productos vegetales de la tierra: ¿no le habían enseñado, marmotas, abejas y hormigas a hacer provisiones en verano para el invierno?

La diversidad de medios y la diferencia de circunstancias originaron formas especiales de agricultura, debidas, no a la iniciación del hombre por sus «hermanos inferiores», sino a su propio genio, a su espíritu de observación, guiado por las necesidades de la existencia. Las explosiones de semillas que se hacen con violencia, hasta con ruido, no podían menos de atraer la atención de los hombres; cuando el salvaje de los bosques brasileños veía caer de un gran árbol (*Bertholetia excelsa*) una

¹ León Cladel, *La Fête native de Saint-Ea Thélemy Porte-Glaive*.

² Eduard Meyer, *Die Sklaverei im Alterthum* pág. 10.

³ Tylor, *Anthropology*, pág. 229.

pesada nuez, gruesa como la cabeza de un hombre, que, rompiéndose sobre el suelo o sobre una raíz, lanzaba sus semillas a lo lejos, ¿cómo no había de comprender que aquellos granitos contenían en germen otros tantos árboles semejantes al que acababa de despojarse de ellos? Frutos de menores dimensiones, como la balsamina «impaciente», se desembarazan de sus semillas de una manera análoga; mejor aún, el cacahuete se entierra él mismo, y al niño que le observa le da una lección directa de agricultura: por último, las hierbas rastreras que, de distancia en distancia, muerden el suelo y plantan en él sus raicillas como verdaderos dientes, y los vegetales de tubérculos, que se rodean en la tierra de un enjambre de otras tantas bolsas nutricias, enseñan también al hombre, de la manera más evidente, los procedimientos que han de seguirse para renovar de año en año la generación vegetal. Hay pocos niños campesinos, entre los que disponen de algún tiempo ocioso, en quienes no se haya desarrollado espontáneamente el amor del cultivo. ¿Quién de nosotros no ha plantado su árbol frutal? Y lo que actualmente hace cada niño, lo hicieron también los pueblos niños de las diversas regiones de la Tierra, bajo diferentes formas, según los contrastes de los medios.

La agricultura nació, pues, en mil puntos diferentes; pero se comprende bien que muchos primitivos hayan sido más inclinados a procurarse el alimento por la caza y por la guerra que por el cultivo del suelo; porque el labrado de las tierras y los trabajos de la siembra y de la recolección, cuando se hacen en grande, exigen una aplicación sostenida, reflexión y paciencia, mientras que la persecución de la caza o del hombre es principalmente una obra de pasión: aunque impulsado por el hambre, el primitivo ve en la caza una verdadera diversión que la perspectiva de un accidente cualquiera, hasta la misma muerte, hace más intensa y más excitante. En este caso la excitación acaba por transformarse en locura: en la lucha el hombre ya no raciocina; no tiene más que un deseo: morder su presa; desgarrarla a dentelladas; dividirla en trozos¹.

La domesticación de los animales ha de ser en muchas ocasiones más fácil que la utilización de las plantas; puesto que

¹ Guillaume Ferrero, *Des Formes primitives du Travail*, «Revue Scientifique», 14 mayo 1896, 1-35.

muchos de ellos se presentaron al hombre¹, y viviendo la misma vida, las especies, se comprendían mutuamente. En el territorio de Carnot, en el Africa ecuatorial, los animales de la selva, domesticados fácilmente, constituyen una especie de república de lo más curioso; entre aquellos numerosos comensales del hombre, distinguíase en 1898 un gran mono amarillo, que por su propia autoridad se había constituido en vigilante: llevaba a pacer los carneros, como lo hacen los perros de Europa, y mordía enfurecido las patas de los que se apartaban del rebaño. Después, cuando los animales pacían tranquilamente, montaba sobre el que tenía más cerca y le despojaba de parásitos; evidentemente mostraba interés en hacerse el asociado del hombre, y si se concluyó el trato, fué por su iniciativa personal².

Hay comarcas en que puede decirse que esta asociación es forzosa, ya que el suelo y el clima colocan al hombre y los animales en condiciones de estricta interdependencia. En los *ranchos* y *corrales* de Nuevo Méjico, del Arizona y de la Sonora, los buitres «basureros» se hacen necesariamente comensales de la familia, y de una parte y de otra, entre las aves y los hombres nace un sentimiento colectivo de propiedad común y de solidaridad; cuando se presenta un extraño, el buitre se mantiene a cierta distancia con aire sospechoso, después, cuando sale el intruso, el buitre se acerca con satisfacción manifiesta; como las aves domésticas, pertenece a la gran familia del corral.

La paloma gusta también de la vecindad del hombre, y frecuentemente cuando el águila o el halcón se ciernen en el espacio, busca un refugio cerca de la cabaña del hombre y hasta bajo su techo. El lobo *coyote*, menos familiar, es, si no un comensal, al menos un parásito del indio mejicano. Sabido es que viene por la noche a rodear el hogar para recoger las sobras de la comida, y se evita con cuidado espantarlo; se le reconoce como una vaga parentela, y en cambio de la tolerancia que se le asegura durante sus visitas nocturnas, se espera de él una protección eficaz contra los genios malechores de las noches.

La domesticación de los animales no es más que un grado superior de la familiaridad primera, procedente del cambio de ser-

¹ Victor Meunier, *Les Singes domestiques*.

² Brom, *Mouvement géographique*, 6 novembre 1898.

vicios y del hábito. En la Sonora y el Arizona el pavo es tan doméstico como en los corrales de Europa, y todo induce a pensar que ese volátil comenzó como la paloma, por pedir refugio y alimento al hombre, y que, al fin, habituado completamente a ese nuevo medio, temió aventurarse en la selva o sobre las abrasadoras arenas¹. La industria del hombre no tuvo que ejercerse en esta evolución del animal: bastaron la simpatía, la bondad natural y la comunidad de intereses.



UNO DE LOS MONOS DEL TERRITORIO CARNOT (ÁFRICA ECUATORIAL) MONTADO SOBRE UN CARNERO PARA DESPOJARLE DE PARÁSITOS

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

Por un fenómeno análogo, el hombre y el animal se comprendieron a menudo recíprocamente en otros medios para buscar el alimento común. Así, los cuclillos del Africa meridional y los Hotentotes han sabido asociarse perfectamente para la explotación de las colmenas de abejas: los primeros se encargan de descubrir el nido, después lo indican por medio de gritos penetrantes al hombre, quien responde por un silbido; en seguida van de acuerdo al pillaje del botín, a la repartición de los ví-

¹ W. J. Mac Gee, *The Beginning of Zooiculture*, «American Anthropologist», 1897.

veres, porque el hombre, obligado al reconocimiento por su interés, deja siempre a su compañero una parte suficiente del hallazgo.

Existe el mismo género de asociación para la pesca. La golondrina de mar, guía al batelero lapón sobre el Pallajerri, probablemente también sobre los otros lagos de la comarca, y, mediante participación en el festín, le designa los bancos de pescados donde el pescador podrá tender sus redes con toda seguridad. Otros muchos tratados sin palabras, lo que no impide su observancia, se celebran también entre el hombre y las aves pescadoras.

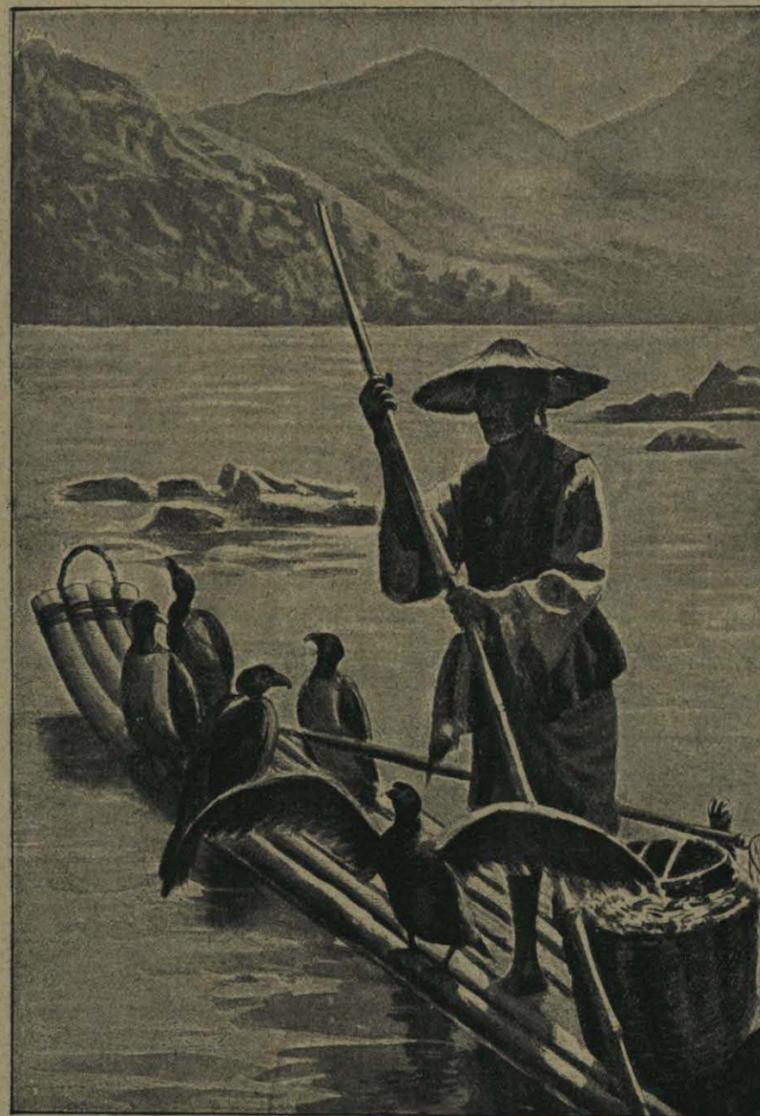
Antes que el chino aprendiera a domesticar el Cormorán y a estrecharle el cuello con un anillo para impedirle la deglución del pez capturado, fué comensal del volátil, pescando juntos en los ríos y en los lagos. En muchos ríos del interior, la alianza libre—partes iguales entre el hombre y el ave—no ha sido violada aún en beneficio del más fuerte. También se han formado ligas, no para el alimento, sino para la defensa, especialmente contra las serpientes.

En la Martinica, en Sainte Lucie, las aves de la selva se reúnen tumultuosamente para señalar al hombre la presencia del trigonocéfalo, y celebran con gritos de triunfo y cantos de felicitación, a la gloria del vencedor, la muerte del detestado enemigo.

Nuestra alianza con el perro, el compañero principal del hombre en la lucha por la existencia, presenta análogo origen. Se ha observado frecuentemente que perros salvajes, o vueltos al estado libre, se asocian hasta por docenas para obligar a la carrera a un animal que sería harto temible o demasiado rápido para uno solo de sus perseguidores.

Asimismo, en ocasión de hallarse unos hombres cazando animales grandes por su propia cuenta, se han visto cánidos tomar también parte en la caza, contando con que después de la captura el jefe de montería no dejaría de darles un trozo de la presa que habían ayudado a capturar. Así se selló el tratado de alianza entre los cazadores, hombres y perros, y de la asociación debió de nacer, tarde o temprano, la servidumbre del animal, menós fuerte por la inteligencia y la voluntad. De esa manera llegaron los pueblos cazadores a domesticar los halcones.

La amistad primera, espontánea, tuvo también su importancia en la



CHINO PESCANDO CON LA AYUDA DE LOS CORMORANES

Dibujo de G. Roux, según documento fotográfico.

obra de cooperación del hombre con los animales; para ciertas especies fué la única razón de alianza. Las gacelas y otros rumiantes, que se asociaron a los ribereños del Nilo, son en su mayor parte comensales que, antes de ser animales domésticos utilizados por el hombre como alimento, eran verdaderos amigos, protegidos por un contrato tácito escrupulosamente observado.

A este respecto, los Denkas, pastores ribereños del alto Nilo, en las regiones en que vagando el río a través de las llanuras